



TOMAS SALVADOR

**una pared
al sol**

Precedida de una novela corta, que da el título, el presente volumen contiene media docena de cuentos e historias, dentro de esa constante del autor por los niños, los miserables, los vagabundos. Lirismo y crudeza, poesía y violencia, en un mundo humano y pleno de vigor. Relatos policíacos, como «La pistola perdida»; de fantasía científica, cual «La necesidad de morir»; de denuncia social, como «Quince años no han bastado». En resumen, una muestra completa de la literatura de Tomás Salvador.

UNA PARED AL SOL

I. Ellos

Pierre, que además de francés era poeta, solía rogar en los momentos de cansancio, sobre todo al atardecer de las tardes de otoño, cuando era sencillo —y penoso— calcular las horas que faltaban para la vuelta del sol lo siguiente: «Concédenos, Señor, la casa abandonada que siempre han encontrado todos los miserables». Pierre conseguía así hacer reír a Pedro, español y con resabios kantianos poco aficionado a los efectos sensoriales. Pedro, de todas formas, si no creía en las casas abandonadas para ventura de miserables, se quedaba en ellas cuando las encontraba al final de la jornada.

Perico no decía nada. Perico ni reía ni hablaba siquiera. Era mudo y podía tanto ser hijo de una marquesa casquivana como de una zíngara trashumante. Pierre y Pedro, o Pedro y Pierre por no hacer distingos, lo llevaban entre ellos. Y puesto que no tenía nombre, justo era que respondiera por Perico. Y los tres, como tres sombras, como tres espantajos, como tres filamentos humanos, iban por los caminos. Los tres, camino a la derecha, camino a la izquierda, vado en los ríos, sendero en los trigales, atajo en el monte. Iban y venían, a veces corriendo, aunque otras, por variar, se escondían.

Pierre y Pedro casi nunca estaban de acuerdo. Y cuando Pierre le mentaba la madre a Pedro, o Pedro los padres a Pierre, Perico se colocaba entre los dos, les muraba con sus ojos glaucos, asombrosamente expresivos, tomaba sus manos y... ¡oh, Dios!, ¿quién podía resistir aquel mirar de ternera degollada? Y Pierre le daba un abrazo a Pedro y ambos enredaban sus dedos en la rubia cabellera del muchacho. Se establecía un contacto, una emoción, un rudo destello de armonía y los tres vagabundos podían continuar

andando, sorbiendo mocos, sorbiendo la sospechosa humedad del llanto.

Y tanto más rara era tal fuerza por cuanto se repetía, en los pasos difíciles, varias veces al día en los días de los días. Perico era la corriente eléctrica que del áspero y cansado Pierre, pasaba al áspero y cansado Pedro. Perico tenía un tercio de la edad de Pedro y Pierre, qué andaban entre los cuarenta y los cincuenta. Perico era como un criado de Pedro y Pierre, aunque a veces eran ellos los criados del muchacho. Sí, pero con menos intensidad. Quizá..., ¿si Perico hubiera exigido! Pero el mudito nunca pedía nada. Perico era una sombra triste; Perico, además de mudo, era cojitranco, una completa nulidad para el oficio de vagabundo. Pierre y Pedro le habían maldecido muchas veces y abandonado otras tantas. Pero siempre en vano. Horas o días después, quebrantados, se miraban, volvían atrás y encontraban al cojito, arrastrándose por el camino, tras sus huellas. Perico, en dichas ocasiones no decía nada. Sonreía, con aquella sonrisa suya que anonadaba a sus camaradas y les tendía sus manos, a menudo quemadas por la fiebre. No se decían nada y juntos continuaban la ruta, en busca de la casa abandonada para los miserables.

Y era que Pierre y Pedro, insociables, bestias ariscas a contrapelo de la Naturaleza, comprendían que Perico era el único lazo que les mantenía en la indefinible esperanza de los senderos. Eran inteligentes y lo comprendían. Lo comprendían incluso pese a ser inteligentes. Porque a veces, cuando ladeaban los perros, o eran lapidados, o señalados por la sospecha, Perico era su punto débil. Para evitar la huida difícil, Pedro y Pierre habían aprendido a ser vagabundos, no ladrones ni violadores. Aunque a veces les pesara la tutela, como decía el francés:

—Este gusano nos estorba.

—Cierto —contestaba Pedro—, nos hace la santísima.

—Nos está doblando el espinazo.

—Nos hace hablar demasiado.

Pierre meditó y dijo:

—Nos hace callar demasiado.

Pedro, meditando a su vez, refutaba:

—Nos hace luchar demasiado.

—Sí. Y nosotros estamos hartos de luchar.

Sin embargo, no eran enteramente justos y ambos lo sabían. Cierto era que les obligaba a hablar, pero ¡ah!, entonces era de ver la soberbia dialéctica de Pedro, defendiendo las posturas antagónicas, o el cálido acento de Pierre aludiendo a la libertad de los vagabundos, a su derecho a tener por dominios la tierra entera. Sabían convencer a los cazurros aldeanos, a los desconfiados civiles, a los ariscos recaderos. Era como asistir a la victoria de los libres sobre los atados, de los perdidos en la noche oscura sobre los poseedores de lecho y techo caliente.

—Buena soba les dimos —decía Pedro.

—No estuvo mal, no —afirmaba Pierre.

Y cuando venían mal dadas, o las palabras no surtían efecto, y era preciso arrojar un pedrusco o alargar el alcance del brazo con un garrote, la cosa también se hacía y no mal del todo.

Y Perico, a todo esto, perpetuamente asombrado, constantemente enternecido.

—Es, seguro —decía Pierre—, hijo de una sifilítica y un borracho.

—Me inclino a creer que no llegó a nacer, si es que me entiendes —comentaba Pedro.

Pierre reflexionaba profundamente. Y decía.

—Creo que sí. No podía tener un molde. Es un cruce imposible de seres biológicamente humanos pero imposibles. Sin embargo, ha nacido, puesto que está aquí.

—No estés tan seguro, Pierre.

—Me gustaría preguntárselo.

—No habla, recuérdalo.

—Un día de estos le enseñaremos a leer.

- Nunca en la vida —refutó Pedro, rabiosamente serio
—. Nunca.
—Tiene que leer mis versos —se quejó Pierre.
—¡Bah!
—¿Qué significa eso?
—¡Déjame en paz! Y tú, Perico, no hagas caso de este franchute. No, no te enseñaré a leer, pero sí a distinguir los mapas...

Pierre, Pedro y Perico eran vagabundos. Por eso el primero suspiraba por la casa abandonada y en cierto modo tenía razón. En todo lugar, villa o aldehuela, había cuando menos una casa abandonada, sin cristales, sin puertas ni ventanas, incluso sin techo; pero era una casa, unas paredes. Como un círculo. Pedro y Pierre discutían interminablemente sobre la entidad metafísica del «locus»; Pedro sostenía la invisible presencia del «ente» protector; Pierre decía que era un lugar humano, hecho por humanos para humanos y que el atavismo nacía y moría en ellos mismos. No cabía duda que era un refugio, empero, ¿por qué ellos quedaban dentro? ¿Por qué el resto quedaba fuera? ¡Qué cosas! Era como discutir cuantos ángeles cabían en la punta de una aguja.

Perico, entre tanto, callaba o dormía. De hecho, era el que tenía el instinto más fino y era como un lebrél aventando la caza. Choza de leñadores o refugio de guarda en época de cosechas, el caso era encontrarla. No estaba demasiado claro el por qué Pierre y Pedro, endurecidos, la deseaban tanto. Pues lo cierto es que la buscaban al final de los días. Los días que llegaban a un lugar habitado, claro. Y no era raro encontrar la choza de un pastor o el chamizo de un piconero. Al cerrar la noche, apretujados, daba gloria escuchar el silbido del viento o el repiquetear de la lluvia en el cañizo. La soledad era la misma, y la oscuridad, y la indiferencia hostil del mundo circundante. Pero la casa era algo vivo, perenne. Como una isla en el mar. Pierre de-

cía que de haber sido marinero en vez de vagabundo, se habría parado en todas las islas, aunque fueran rocosas y sin agua, aunque estuvieran distantes y sin vida.

—En todas, en todas —repetía...

—Según y como, según y como —templaba Pedro.

—¿Qué dices tú, Perrico?

Porque Pierre, al pronunciar mal las erres, llamaba Perro y Perrico a Perico. Y siendo así la cosa, a nadie le extrañaba.

—No preguntes al chico. Déjale en paz.

—Ya es hora que se haga cargo de sus derechos y deberes en nuestra sociedad. Además, Perrico nos comprende, ¿verdad?

Perico movía afirmativamente la cabeza.

—Lo ves... Y le gustan las islas. ¿Te gustan las islas?

Perico encogía los hombros.

—Lo que pasa es que Perrico no ha visto nunca el mar. ¿Sabes lo que es el mar?

Perico movía negativamente la cabeza. Pedro, asombrado, inquiría.

—¿De verdad que no has visto el mar?

—No, no lo ha visto —interpretaba Pierre.

—Pues podíamos ir.

—¡Oh, no! —decía el incongruente Pierre—. El mar es triste.

Y Pierre, quisiera o no, explicaba por qué era triste el mar. Lo explicaba muy bien, cuando permanecían tumbados, alumbrados por un cacho de vela o por el rescoldo de la fogata, cuando hasta el aire se calmaba y el aguacero amainaba. Entonces, sin más ruido que la música de las mismas palabras, o el chasquido de las brasas, o el crujido de la paja, Pierre se explicaba muy bien. Y Perico lloraba siempre.

—Los vagabundos apenas frecuentan las orillas del mar. ¿Para qué? Ante el mar, ya se ha llegado. Se acaban todos los caminos. Pero, si no vas a ninguna parte, ¿dónde has

llegado? Si no has empezado, ¿cómo puedes terminar? Y siendo así, ¿qué objeto tiene llegar a un lugar que te recuerda cosas tristes, como esa de no saber si estás empezando o terminando? El mar tiene esas bromas. Llegas a la orilla y lo piensas; te santiguas, dices que el mar es muy grande y que te gustaría andar por encima, sobre todo cuando está llano como el mercurio. Pero luego ves que no puede ser, que no es posible andar por el agua. Te hundes, chapoteas, te ahogas. Y aunque pudieras andar, el mar es mucho más grande y mucho más desierto que la tierra. No hay casas abandonadas. Hay barcas de pescadores y barcos grandes, e islas en la distancia, pero nunca se sabe si estarán en el mismo lugar un día después.

—Tampoco hay perros —murmuraba Pedro.

—Tampoco hay perros —admitía Pierre—, ni luces a lo lejos, ni sonido de campanas, ni humo de rastrojos, ni árboles frutales, ni cuevas. Solo hay agua, mucha agua, infinitas cantidades de agua. No es que me queje, porque el mar es así y así continuará. El mar es bello, pero es triste para los vagabundos. Es como llegar ante un río demasiado ancho y profundo para cruzarlo. Y, ¿qué puedes hacer? Nada, salvo volver por donde has llegado. Además, hay turistas y te retratan si te descuidas.

—Es verdad —corrobora Pedro, estremecido por el recuerdo—. Una inglesa me quiso retratar a mí. Decía que los mendigos españoles eran como reyes. La tonta no debía saber ni lo que era un rey ni lo que es un mendigo. ¡Yo no soy un mendigo!

—Claro que no, perro... ¿Me quieres dejar que siga explicando a Perico lo que es el mar?

—Bueno.

Y Pierre, el francés, seguía explicando lo que era el mar, mientras el mudito lloraba. Y es que el mudito lloraba por todo, por los peces que tenían que estar siempre en el agua, por los torreros obligados a la soledad del faro, por los pescadores que se ahogaban, por los campesinos que

emigraban, por los turistas que se cocían al sol como cangrejos, por los meros que eran cazados por los hombres ranas. Perico lloraba cuando estaba contento y cuando estaba triste. Y lo que decía Pedro, pensativo.

—Este se nos va en agua un día de estos.

—No —disentía Pierre—, es que no orina y le sobra humedad.

—No es cierto, que yo le he visto mear.

—Bueno, es la excepción que confirma la regla.

Generalmente, Perico quedaba dormido en estas discusiones y entonces los dos adultos quedaban mirando, a Perico, a ellos mismos. Las palabras no sabían igual y callaban. Lo externo tomaba preponderancia; volvía la salmodia del viento, el chasquido del aguacero, los ominosos sonidos de la noche. Pierre y Pedro, en silencio, escuchaban, mientras el rescoldo endurecía el dibujo de sus facciones. Uno u otro, a veces los dos juntos, rezongaban una cruda letanía de agravios. Luego, se acurrucaban como mejor podían.

Cuando amanecía, si hacía frío, Pierre juraba en francés, Pedro gruñía en español y Perico tiritaba en todos los idiomas. El mudito se levantaba y activaba el rescoldo. El malhumor duraba hasta la salida del sol. Siempre aguardaban la plena luz, porque Pedro tenía la manía de apuntar en una libreta las grafías de las paredes, si es que las paredes permitían las inscripciones. Pedro tenía cinco cuadernos llenos de frases escritas en paredes, desde la cárcel al hospital, pasando por los cuarteles, los campanarios y las casas abandonadas. Algún día, cuando se cansara de andar y pasar frío, les trasladaría a un libro grande y hermoso. Hermoso, quizá no, porque la mayoría eran desgarradas y tristes, como los hombres que las escribían, miserables como ellos, o mucho más miserables. Un libro que contuviera las apetencias humanas, escrito en la taquigrafía del abandono y la soledad. «Dios mió, que frío he pasado». «En este pueblo no hay caridad». «Necesito una mujer gorda y sa-

na». A esta última, alguien había añadido: «Yo te sirvo. Búscame el lunes a media noche, en la fuente». ¿Llegaría a tiempo el mensaje?

Palabras, muchas palabras, quejas, insultos, escritas con carbón o arañando la superficie; palabras que envejecían rápidamente, pero que continuarían allí hasta que las paredes se cayeran. Pedro escribiría un grave y sesudo ensayo, analizando a los que habían dejado su huella.

Y luego, Pierre, Pedro y Perico se marchaban.

Caminaban mucho mucho. Y no pedían. Si tenían hambre, se acercaban a cualquier puerta. «¿Tienen ustedes un trabajo para nosotros?». Y cortaban leña, o cavaban zanjas, o limpiaban establos, o descargaban abono, o levantaban una cochiguera, o arreglaban cazuelas, o escribían una carta a la novia con el amante ausente. Comían caliente y alejaban el hambre por unas horas.

Y otra vez a la carretera, al atajo de ninguna parte. Cuando Perico no podía más, Pierre se lo cargaba a las costillas y luego le relevaba Pedro. Y lo que decía este:

—A Perico le compraremos una bicicleta.

Pierre, consciente de la cojera del chico movía dubitativamente la cabeza y preguntaba.

—¿Tú quieres una bicicleta, Perrico?

Perico decía que no.

—No, no quiere una bicicleta. A lo mejor quiere un caballo.

—¡Anda este, un caballo! Es mucha categoría. Rebaja, Pierre, rebaja.

—Un borrico, pequeño, con las orejas muy grandes... ¿Quieres un borrico?

Perico decía que no, moviendo la cabeza, entornando sus extraños ojos.

—¡Pues anda con el niñato! ¿Qué quieres tú, dulce mierdecilla? —gritaban a coro los dos mayores.

II. Ellas

La casa quedaba a trasmano, no lejos de la carretera, pasado un solar lleno de escombros, saltada una zanja y esquivado un zarzal, residuos todos de la ciudad provinciana que iba creciendo mezclando los elementos antiguos y los modernos. La casa era grande, demasiado grande para tres mujeres. Las tres bailaban en ella como perdigones en una nuez.

Pero ellas no se daban cuenta. No estaban en la ciudad ni fuera, ni en el pasado ni en el futuro; no sabían si había guerra o paz, si la luna fue fotografiada, si había revoluciones en Sudamérica, si llegaban turistas a la ciudad. Las tres vivían allí sencillamente. Marialoca era la mayor, Marialista la mediana, Mariatonta la pequeña. La verdad es que las tres parecían iguales, incluso parecían al revés, la pequeña arriba y la mayor abajo, girando sobre el pivote de la mediana.

El que se llamaran Marías las tres era debido, al parecer, a un capricho de la madre que le cayó bien al padre, hombre jocundo llamado Golmundo, pareado inventado por él mismo —Dios se lo haya perdonado en su infinita misericordia— un día que el cura le informó que Golmundo significaba «Boca de oro». Lo importante era que los nombres no constituían un impedimento. Siempre que alguien llamara a alguna de buena fe, invariablemente respondía la interesada. El caso había dado mucho que hablar años atrás, cuando la ciudad tenía tiempo para esas cosas. Muchos habían hecho la prueba. Mejor dicho, cuando hacían la prueba salía mal, o aparecían las tres o ninguna. Cuando se llamaba por verdadera necesidad, deseando que apareciera una María determinada, ella era la que respondía. María, la necesaria, la adecuada a cada trance.

Se llevaban diez años y cuando murieron los padres, aburridos, sin duda de una broma tanto tiempo mantenida —y ya hacia años, ya— las Marías se encerraron en su casa y donde hubo paz había olvido. Siempre vestidas de negro, anticuadas, menuditas, afanosas de no sé sabía que tareas, las Marías tenían su caserón convertido en algo mestizo de hospital y manicomio. Alimentaban palomas, regañaban entre ellas violentamente, chillando como ratitas. Los sufijos les señalaban para toda la vida, con toda razón. Marialoca decía, a veces, que era la duquesa de Pastrana. Marialista no se lo creía Mariatonta sí.

—No, si yo sé que es mentira —decía la pequeña— pero es que, vamos... Verdaderamente, está muy a tono.

—Quita allá, pánfila —gruñía Marialista.

En realidad, Marialoca era la única que había tenido posibilidades de asomarse a la vida. Cuando menos, había conocido el amor. Dos hombres había en su vida: un militar cuando tenía veinticinco años y un veterinario a los treinta. Las malas lenguas decían de ciertas entrevistas en una hondonada de la huerta. En todo caso, los dos murieron durante la guerra. Marialoca lo sabía; sabía el paso del tiempo y el paso de la muerte. Marialoca no se resistía a esas cosas. Lo suyo era euforia, lejanía, grandeza.

Marialista, a los catorce años, ya tenía que cuidar de sus hermanas, de la loca de veinticinco y de la tonta de cinco. Había continuado así y a veces, al borde de la cuarentena, se sentaba en lo alto de la escalera —la casa tenía dos pisos— y, recapacitaba si valía la pena vivir como estaba viviendo, entre una María que bordaba coronas ducales en las sábanas y otra María que se comía las flores, Marialista se contemplaba las manos, secas y nerviosas, se echaba a llorar y a continuación se enfadaba, con ella misma, con la vida entera.

Y se encerraba en su cuarto durante uno, dos, a veces tres días, mientras las dos Marías restantes, incapaces de comprender lo que sucedía vagaban por la casa como áni-

mas en pena, o se abrazaban llorando. «Está con la vena» se decían. Y tenían lástima por la pobre, loca hermana mediana.

Nadie se alimentaba o cuidaba en la casa durante esos días. Y cuando a Marialista le cedía el arrechucho y se agotaban las fuentes de su llanto, volvía a sus hermanas, que la acogían con improperios una, con quejas la otra.

—¡Dios mío, que cruz! —decía Marialista.

Mariatonta vivía en un mundo extraño. Tenía ideas; pocas, pero las tenía. Lo que pasaba era que no podía prescindir de sus hermanas puesto que, en determinados instantes, su metabolismo se detenía, quedaba en blanco. Se le borraba la memoria y una suave sonrisa se estereotipaba en sus labios. Necesitaba entonces un asidero, un punto de referencia. Era una cosa rara, rara de verdad. Estaba tan tranquila y de pronto, ¡paff!, como una punzada, como un vahído, el vértigo blanco la invadía. Si Marialista o Marialoca estaban cerca, bastaba con llamarla o tocarla suavemente para que todo volviera a estar como antes. Si era otro ruido extraño, u otra presencia ajena la que obraba, se desquiciaba; necesitaba salir corriendo, corriendo, hasta encontrar lo que necesitaba. Cuando Marialista la veía llegar así, blanca y aterrorizada, la abrazaba estrechamente y la consolaba: «Vamos niña, ¿te volvió a dar eso?». Y ella decía que sí, pero que ya se encontraba bien.

Marialista, antiguamente, preguntaba.

—¿Dónde te marchas cuando te marchas, María?

—Muy adentro —respondía la pequeña.

Extraña respuesta que dejaba pensativa a su hermana.

Mariatonta era augustamente perezosa, soberbiamente lánguida, cual una criolla del viejo imperio colonial. No se manchaba las manos por nada del mundo, dormía con cofia y se sentaba erguida en el borde de los sillones. Charlabo mucho y generalmente estaba de buen humor. Cuando coincidían en ello Marialista y Mariatonta —que tenía una voz preciosa— solían cantar; las tres podían ser alegres e

inconsecuentes como pájaros. Sentábanse en el patio si era primavera o verano, en la cocina si otoño o invierno y dejaban que el tiempo hiciera lo que quisiera con ellas. No se resistían. No, por lo menos, en colectividad. Las dos mayores recordaban a cada momento las prerrogativas de su edad a la pequeña, incluso la enviaban a la cama cuando estorbaba a su charla de personas mayores, cosa que aceptaba hasta con agradecimiento. Cuando se marchaba, Marialoca comentaba, verdaderamente preocupada:

—¿Qué será de esta niña cuando nosotras faltemos?

Incluso para su feroz egoísmo, la presunta Contingencia adquiría un pavoroso contorno. Imaginación no le faltaba. Pero Marialista no necesitaba imaginación. Con cerrar los ojos tenía suficiente para ver a la dulce Ofelia recorrer las habitaciones una y otra vez, en su busca. Lo terrible era la búsqueda inútil que se adivinaba.

Pero nada se podía hacer, salvo esperar que la muerte misericordiosa se las llevara juntas. Afortunadamente, la maquinaria humana funcionaba perfectamente, desarreglada, pero a la perfección. Marialista lo decía: «Somos como relojes, adelantados o atrasados, pero en perfecto funcionamiento». Después de todo, no había razón para lo contrario. Las tres eran limpias, frugales y vivían suavemente. Gastaban en llantinas las energías de la Naturaleza y Marialoca bordaba pañuelos y sábanas, Mariatonta cuidaba el jardín y María, la diferente, estaba en el centro, oscilando de una a la otra, creyéndose a veces la más desequilibrada de las tres.

Por lo demás, en la vieja ciudad provinciana que iba conociendo el industrialismo, la casa de las tres Marías, con las hermanas dentro, era casi un orgullo local. Un comentario para el buen tiempo, para las visitas amables. Solo cuando hacia mal tiempo o se pasaban apuros, las tres Marías eran olvidadas cierta y verdaderamente. Cuando pasaba el arrechucho, recordaban a las mujerucas y se cercioraban de que todo seguía igual. Y todos se sobornaban la concien-